

ción de vuestro pensamiento, porque H o B, el primero que salta, lo han decidido así... En compensación de vuestra molestia, no esperéis ni que os den las gracias.

Hay la idea de que un escritor pertenece al público. Cuanto le sugieran está obligado a practicarlo. Además, ha de recibir a todo el que llame a su puerta. Recuerdo que en cierta ocasión, una señora, que no conozco ni de vista, vino a mi casa, empeñada en verme al instante. Mi doncella salió a abrir, y dijo respetuosamente a la visitante que yo no disponía de horas. Y la dama, indignada, exclamó:

— ¿De modo que su señora de usted es escritora, y no recibe?

Y la sirvienta, que no era tartamuda, contestó con viveza:

— Pues si recibiese a todo el que viene, ¿a qué hora escribiría?

Un año tuve la curiosidad de apuntar el número de personas que solicitaron una entrevista. En seis meses de residencia en Madrid, fueron cuatrocientas noventa y ocho. Suponiendo que consagrara a cada una sólo una hora, y a evacuar el asunto objeto de su visita otra, que es cuenta muy galana, dejo a la consideración del lector lo que me suponía este tramo.

Claro es que no estoy obligada a condescender a tales propósitos. Libre soy de recogerme y cerrar mi cancilla. No por eso deja de ser agradable. Parece más humano y cordial no negarse a cosa que soliciten. Hay que apelar a la razón. Y me resigno a pasar por soberbia, arisca y dura, bien convencida de que no lo soy, sino muy afable, aunque no reciba, por falta de tiempo. Si al lado de estas pequeñas pero continuas contrariedades del público, en general, mostrase al escritor verdadero cariño... No hablo por mí: no me quejo de desvío en mis lectores. Lo que lamento es que tantos y tantos sólo vean en el escritor «una influencia», un señor utilizable, para un fin de aspectos de la vida práctica. Verbigracia, las recomendaciones. Ya creo haber hablado aquí alguna vez de esta plaga. Ved algo curioso: los que recomiendan sin decir a quién debéis dirigirlos; sin especificar el nombre de aquéllos que han de servirlos para lograr el objeto ansiado. Así, tampoco tienen que preocuparse de si con semejantes personas lleváis la menor relación de amistad. Allí vosotros haréis la indagatoria y os informaréis de los Fulanos y Menganos que debéis poner en juego. ¡Bah! No pongáis en juego a nadie. Si el que pretende utilizarlos no es un amigo verdadero, un pariente cercano, alguien que por algún concepto os interese de verdad, tened el valor de hacer trizas la carta. Acordaos del poético «*Je dichire...*» del *Aiglon*, recibiendo epístolas amatorias...

Alguna defensa habéis de practicar contra tantas exigencias sin base. En algo se han de diferenciar los que pueden por algún estilo importarlos, del que os tiene sin cuidado, como vosotros a él.

Otra cosa que no carece de gracia son los títulos que invocan algunos a que los atendáis. Uno alega que es gallego... Galicia tiene cuatro millones de habitantes, *plus minusve*. El de más allá, que os vió entrar un día en una tienda, y oyó que pedíais media vara de raso negro. Aquel fué mozo de recados en una fonda donde parasteis un día. ¡Y varias señoras me han escrito que habían andado conmigo en la escuela, a la cual no fui jamás!

Debieran adjudicársele, a cada hombre que nace teniendo lo suficiente para vivir, un número de necesitados protegidos. No lo digo en broma: sería racional esta adopción, que, naturalmente, guardaría relación con la fortuna del adoptante. Y, después de tomarse interés por sus adoptados, nadie le podría tachar de poco humano si no se preocupase del resto de la humanidad. Y de hecho, estos adoptados los tenemos, por lo general, en cantidad suficiente.

Bion sé yo que hubo santos, y que hay individuos de alma muy caritativa, que extienden el círculo de sus beneficios hasta lo extremo de sus medios, y aun más allá. Hay quien hace milagros, quien consagra la vida entera al altruismo; pero nótese: es la vida entera lo que se necesita dedicar a las buenas obras, a fin de que den fruto. Si existen otras ocupaciones, otras vocaciones, ya no hay manera de hacerle competencia a San Vicente de Paúl.

Esta es mi situación. Mis aficiones, júzguelas cada cual como le plazca, me absorben, y, al lado de ellas, tengo que hacer que no puedo abandonar. Ya comprendo que los que a mí se dirigen, suponen que reviste mayor interés lo que les interesa a ellos. Todo es natural, lo mío y lo de los otros.

Prescindiendo de mí misma, debo añadir que me inspiran lástima los que ocupan elevados puestos, los que realmente disponen de cierta cantidad de

bienes y favores que repartir. Si yo me hallo tan asediada, no siendo personaje político ni cosa que se le parezca, ¿qué sucederá con los ministros, subsecretarios y directores? Así tienen que adoptar medidas defensivas, precauciones de enemigo que avanza por país invadido, donde tras de cada mata le acechan. El teléfono de estos altos funcionarios es un misterio. A veces se pregunta uno para qué lo habrán instalado. En el mismo instante en que llamáis a casa de alguno, la primera providencia es decirnos que acaba de salir. Lo mismo da esta hora que aquella; acaba de salir a todas, justamente. En cuanto a si regresará, os afirman que en todo el día no regresa; o, por lo menos, no se sabe nada de cuándo se reintegrará a sus lares. Dos minutos después, dais vuestro nombre, os piden que esperéis, y sale de su despacho para oír al señor, que no se había movido de su residencia. La repentina facilidad obedece a que vuestro nombre es una garantía de que no habrá acoso.

Un millar de pretendientes a algo está siempre en espera de la aparición del personaje. Los medios de aproximarse a él son objeto del más detenido estudio. El pretendiente se apostea al paso del árbitro de su suerte, y se desliza y reptaba hasta aproximarse, hasta enviarle la sugestión y el fluido de su anhelo, para que, aun cuando sólo sea por «quitárselo de encima», acabe por acceder a su pretensión. No hay medio a que no se apele, no hay influjo que no se busque, no hay recurso que se desdén, aun el más pueril. He visto acudir a la influencia de quién dirán ustedes? de un mendigo, sí señor; del ciego favorito de un personaje al cual da limosna siempre que sale de su casa a pie... Y por conducto de este ciego se ha solicitado y obtenido «una colocación».

El barbero, la lavandera, el mecánico, el ayuda de cámara, el mozo del café, son influencias, y no flojas. De esto sabía mucho el malogrado Luis Taboada, el cual sacó partido, en sus regocijadas prosas, de tantas prosas aburridas de la vida oficinesca, burocrática y política...

No sería fácil modificar, en un día, ni acaso en un siglo, este estado de cosas, que refluye en todos y cada uno de nosotros. Vivimos asediados, pero acaso sea porque el asedio da fruto, porque ese sendero conduce a alguna parte. Muchos amenes llegan al cielo. Y aquí, el aire que respiramos está lleno de amenes.

No protesto contra este modo de ser, sino porque roba infelizmente el tesoro del tiempo y de la tranquilidad de espíritu. La sugestión incessante de que pudierais hacer algo en pro de alguien y no lo hacéis os envuelve en inquietudes de responsabilidad. ¿Y si intentase?.. ¿Y si, dando de mano a lo demás, me consagrare a esto, con todas mis fuerzas? A veces, bajo tal estímulo, os consagráis; sacrificáis un día, una semana, que no han de volver; arrinconáis vuestros manuscritos, no recogéis vuestras notas... No escribís a un apoderado que os pide instrucciones, ni respondéis a una proposición ventajosa, ni vais al teatro, ni tomáis el sol: ponéis vuestra actividad entera al servicio de tan buena causa... Y nada conseguís, porque el terreno estaba minado, las salidas guardadas, la posición defendida por artillería gruesa. Os convencéis, una vez más, de que, en el fondo, es baldía la influencia ejercida por tercera persona en beneficio de segunda. ¿Tercera he dicho? Mil veces ocurre que os piden por alguien que ha pedido a su vez por otro; y, con tantos canales, no llega al verdadero cauce ni gota...

Aun sucede con las recomendaciones algo más singular. Es frecuente que os recomienden, a fin de que recomendéis, para situaciones que exigen garantías, a gentes que no conocéis, de las cuales nada sabéis. Y no es esto lo mejor, sino que el que os dirige la recomendación también es para vosotros un incógnito, y empieza por confesarlo (y gracias que no con la socorrida fórmula: «Aunque no tiene usted el honor de conocerme...»). Y ese incógnito, que se dirige a vosotros, es el que sale fiador del otro incógnito y os ofrece la fianza de su fantástica personalidad...

Vamos, reconócese que «esto no es serio», como ahora se dice. Y reconócese también que, sin menoscabo de la buena crianza, bien podemos echar al clásico cesto la misiva. ¡Hasta otra!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los mayores pecados es el de la pereza de organizar. Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Todo se hace a última hora, con prisa y precipitadamente. Y, por lo tanto, la mitad de las cosas se quedan sin hacer, o se hacen de un modo pésimo.

Yo quisiera, ante todo, declarar que soy una persona de buena educación, y de condiciones excelentes. Me causa un pesar íntimo no poder proceder según los dictados de esta educación, y de estas intenciones, no desatendiendo ni desoyendo a nadie, y, a poder ser, complaciendo a cada quisque, hasta el límite de mis fuerzas. Pero ya se entiende que límite han de tener, y que a lo imposible nadie está obligado. Por lo tanto, y muy a mi pesar, las apariencias me graduarán de descortés, y de mí se dirán pestes.

En efecto, no teniendo el día más que veinticuatro horas, no hay arbitrio para que se conviertan en cuarenta. De esas veinticuatro, reclama algunas el sueño, algunas el aseo, algunas el sustento necesario, algunas el trabajo literario, algunas el despacho de asuntos personalísimos e inaplazables, algunas el tomar un poco de reposo o de esparcimiento, y no pocas la lectura y estudio, porque si no se estudiase ni se leyese, se quedaría uno fosilizado. Descuéntese del día este programa, y a ver si queda tiempo, además, para gestionar incumbencias ajenas, de señores que nos encargan con franqueza y sencillez adorables, y para cumplir el gusto y deseo momentáneos de otros señores, que, por contera, señalan un plazo perentorio y angustioso, en atención a circunstancias apremiantísimas, etcétera...

El desmigajamiento del tiempo de un escritor se realiza por procedimientos análogos al que emplean las hormigas royendo y recortando las hojas de un arbusto. ¡Es tan poco lo que roe cada hormiguita! Nada; ni se ve. Pero como son cien, mil, un centenar de miles de hormigas, el arbusto se queda pelado en menos que canta un pollo. Dos rengloncitos que os piden por la mañana; una cuartillita o dos que solicitan por la tarde; una larga carta consulta que sería preciso contestar; una cruz que habéis de pedir para un individuo; una historia que os cuentan para implorar socorro; una idea que se empeñan en que hagáis vuestra y propaleis; un agravio del cual os habéis de erigir en vengadores; un drama en cinco actos que tenéis que leer, y dar «vuestro fallo»; un pleito que habéis de recomendar; todo ello con la mayor velocidad y rapidez...

Un poeta amigo mío, no tan célebre como Zorrilla, pero lo bastante para que no le dejasen en paz, aseguraba que, si una carta traía en el sobre «urgente» había que echarla al cesto, y si señalaba plazo, había que dejarla sin abrir, hasta dentro de dos o tres años, lo más pronto. No carece de fundamento la teoría. Urgente suele ser para el que escribe, no para el que recibe el escrito.

Y esa urgencia agobiadora nace de la falta de orden y prevención. Al menos, lo entiendo así. Quizás yo misma incurra en ese yerro, tan español, de hacer las cosas a última hora. Sin poderlo evitar, el modo de ser social nos arrastra; todos pisamos la misma senda.

Y claro es que luchar con la lentitud general, acarrea el retraso propio. A la inercia no se resiste. Creyeráis que esa prisa que os dan es reflejo de una actividad sobreexcitada. No es sino lo contrario: expresión de un descuido que sólo a última hora se convierte en celo. Os señalan una fecha inaplazable, el tanto del mes, sencillamente porque han dejado correr días, y ahora se acuerdan, al oír tronar, de Santa Bárbara.

Habéis de ser activísimos vosotros, porque fueron desiduosos los que os piden el favor. Habéis de acezar, porque otros durmieron la siesta. Habéis de jactarse, porque ellos se entregaron al farniente. Y habéis de cambiar el curso de vuestra labor y la direc-